

La noche se vive. En la noche, nuestros jóvenes conviven y establecen pautas culturales difíciles de entender para quienes somos considerados intrusos. Este trabajo analiza las relaciones que se establecen a altas horas de la madrugada.

LAS NOCHES DE NUESTROS JÓVENES

MARÍA TERESA LAESPADA

INSTITUTO DEUSTO DROGODEPENDENCIAS / UNIVERSIDAD DE DEUSTO

Entre las escenas infantiles que guardo con más cariño en mi memoria se sitúa la reacción invariable que solía tener mi abuelo con mi madre, presa de un enfado majestuoso ante una trastada de mis hermanos o mía cuando se disponía a organizar un "comité disciplinario". En ese momento, mi abuelo -en tono jocoso pero autoritario- solía apuntar por detrás de ella, "no te olvides, cariño, todo ello lo han hecho con el agravante de Nocturnidad y Alevosía", apuntando con el dedo hacia arriba en demostración de autoridad máxima. Ciertamente entonces no entendía lo que añadía aquellos dos términos y sólo cuando me hice adolescente comencé a comprender el significado agravante del delito de aquellas dos palabras.

A pesar de que el actual Código Penal español deja la puerta abierta a la nocturnidad como un agravante, no porta las características de antaño. Pero esto no era un capricho de sesudos legisladores, sino que era reflejo de la cultura y el marco de valores en el que nos hallábamos entonces. A las horas nocturnas, toda gente de bien debía hallarse debidamente colocada en su casa y la noche callejera se reservaba para maleantes y gentes de mala vida, luego cualquier delito producido en horas nocturnas dejaba a la víctima en lugar de indefensión al no poder recurrir a la ayuda necesaria. No sé a ustedes qué les parecerá, pero en mi ciudad a las doce de la noche de un fin de semana cualquiera hay más gente que a las diez de la mañana de un domingo.

En muy pocos años y casi sin solución de continuidad, hemos pasado de este concepto de las salidas nocturnas, al actual, donde es difícil encontrar jóvenes en sus casas a las 12 de la noche. Todo joven que se precie, debe hallarse fuera de casa a las horas nocturnas de los viernes y sábados y aquellos que no lo hacen son los "raros", los no integrados. Para muestra un dato: en el último estudio que realizamos en población escolar vasca sobre el consumo de drogas, únicamente el 9% de los escolares decía no salir habitualmente por las noches, teniendo en cuenta que se trata de adolescentes entre 14 y 18 años -es decir- menores de edad, la cifra necesita una reflexión.

¿Qué cambios se han producido para que nuestros hijos e hijas se encuentren hasta altísimas horas de la noche y la sociedad lo acepte con naturalidad?, pero, y lo que es más importante, ¿qué hacen durante la noche que no puedan hacer durante el día?

El alto nivel de vida alcanzado por España en la sociedad del Bienestar ha facilitado el acceso a un gran poder adquisitivo a un amplísimo sector poblacional, lo que nos ha imbuido en una serie de necesidades y comodidades desconocidas tan sólo hace unos pocos años. A su vez, las dificultades en el mercado de trabajo para el sector juvenil, bien por la imposibilidad de colocación o por la precariedad de los empleos y la dificultad de acceso a la vivienda, ha creado una categoría juvenil muy dependiente de la economía familiar y con muchas dificultades para su autonomía. La mayoría vive satisfactoriamente en la familia de origen y sólo se independizaría si puede tener la garantía de poder mantener el mismo nivel de vida y comodidades que en el hogar de los padres.

Pero, además, los padres ponen las cosas fáciles para este modo de estar. La actual generación de padres y madres conforman una generación tolerante con los comportamientos de sus hijos y comprensivos con sus modos de estar en sociedad. No es gratuito que cuando se les pregunta a los hijos por los motivos de discusión fundamental con los padres, las cuestiones tienen que ver más con la colaboración en tareas domésticas y de organización familiar que por cuestiones de disciplina, valores o educación. Los padres, digámoslo con franqueza, se sienten razonablemente a gusto con sus hijos e hijas en casa y no ayudan a que los hijos se emancipen. No les molesta en exceso que el horario



del fin de semana de sus hijos vaya descompasado con el horario de ellos y en los casos en que sí se produce un replanteamiento familiar suelen acabar asumiendo que esto es cuestión de edad y que, como con la gripe, se cura con el tiempo.

¿CUÁL ES EL ESPACIO EN QUE LOS JÓVENES ESCOGEN, DECIDEN Y SE DIFERENCIAN?

Podemos decir que el tiempo libre y de ocio. Durante la semana los jóvenes cumplen, sin demasiados problemas, el rol que les ha tocado vivir con sus obligaciones familiares y escolares, sin embargo, llegado el fin de semana, consideran que el tiempo se vuelve propio y personal, intransferible y no negociable. Así, los jóvenes entienden que el espacio nocturno forma parte de la idiosincrasia

La Educación familiar ha pasado de ser autoritaria a permisiva, haciendo cumplirse la profecía del efecto péndulo que parece dominar toda cuestión social, y olvidando su paso en el punto justamente equidistante: una educación autoritativa.

juvenil, que es el espacio propio en el que no tiene lugar el control adulto. Suele resultar habitual que los progenitores se sientan desarmados, sin argumentos de base, cuando los hijos son medianamente cumplidores con sus tareas escolares y familiares.

La falta de reacción de los padres y madres tiene mucho que ver con los cambios habidos en el modo de educación parental en los últimos años. La Educación familiar ha pasado de ser autoritaria a permisiva, haciendo cumplirse la profecía del efecto péndulo que parece dominar toda cuestión social, y olvidando su paso en el punto justamente equidistante: una educación autoritativa.

Pero también -y no podemos ni debemos negarlo- porque a los jóvenes les estamos transmitiendo en nuestro haber y nuestra cultura que éste es el modo que esperamos que se comporten al ser jóvenes. Es nuestro "bien cultural". Luego la sociedad juega a la transmisión de dos mensajes contradictorios y paralelos. Es decir, admitimos sin mucha dificultad que los chicos y chicas están en la edad de disfrutar a tope, de pasárselo bien, entendiendo por tal que el comportamiento pasa por beber y salir, pero lo "políticamente correcto" es decirles que esto está mal y no deben hacerlo.



La noche es usada como un mecanismo de integración social y de identidad juvenil y adquiere un “tinte” de resistencia a los patrones convencionales de los adultos.

Para muestra un botón: sólo debe mirarse a la publicidad y a las series de televisión de máxima audiencia y allí veremos que el valor de las salidas nocturnas, juventud y alcohol están presentes con una fuerza inusitada.

EL SIGNIFICADO DE LA NOCHE

La noche, la del fin de semana, se convierte en un espacio abierto, pero ambiguo, de experimentación de formas de sociabilidad que permiten a la juventud salir del atolladero en que se encuentran por un excesivo alargamiento de su dependencia de los adultos. La noche es usada como un mecanismo de integración social y de identidad juvenil y adquiere un “tinte” de resistencia a los patrones convencionales de los adultos.

Los jóvenes actuales se concentran en áreas urbanas concretas que posibilitan lo que se viene a llamar las “zonas de marcha”. Estos lugares, con una concentración de jóvenes y que desde el mundo adulto resulta incomprendible, responde a necesidades básicas que los jóvenes tienen para el establecimiento de sus redes sociales. El uso de estas zonas en horario nocturno les posibilita la exhibición, la partici-

pación y pertenencia de jóvenes entre jóvenes, sin el control del mundo adulto. Se generan mecanismos específicos de moverse, lenguajes no escritos de comunicación y códigos de conducta no reconocidos que marcan los lugares y lo que debe hacerse en esos lugares. Es decir, se crean claves culturales, propias, diferentes y en constante transformación.

Las relaciones más buscadas se desarrollan en la noche, y la identidad juvenil ha adquirido un tinte nocturno así como un componente de resistencia a los patrones culturales convencionales de los adultos. Pero es más, la noche es el espacio por excelencia para la seducción, para el inicio de los emparejamientos y el aprendizaje de la sexualidad y la experimentación con riesgos, comportamientos que no pueden aprenderse en el hogar ni en Internet.

Yo no sé si algún adulto que lea estas líneas ha tenido la experiencia de introducirse durante las horas nocturnas en los espacios de la ciudad (calles, plazas, etc) atestadas de jóvenes, si no lo han hecho, háganlo, y vayan –a poder ser– en grupo de varios adultos con respecto de padres-madres. Observen entonces la reacción de los

jóvenes a su alrededor y podrán comprobar que en muchos casos se callan, les observan pasar, les miran con extrañeza y su lenguaje indica que los que sobran son ustedes, es decir, que han violado una regla no escrita que dice que ese espacio y esa hora es de ellos. En cualquier caso, seguro que han recibido el mensaje de sus hijos e hijas respecto a que durante esas horas “ni se les ocurra acercarse a la zona en la que ellos se mueven”.

¿POR QUÉ LO HACEN EN MUCHEDUMBRE?

Porque les da seguridad y protección. Se sienten protegidos en el anonimato de la masa y en la compañía de jóvenes haciendo lo mismo. Esto les da un poder tal que incluso llegan a impedir el paso de vehículos por las zonas por las que se mueven. Pero es más, porque necesitan sentirse pertenecientes a ese grupo de jóvenes que conforman su generación. Se sienten arrojados por el grupo en su transitar hacia el mundo adulto y lo hacen de dos formas complementarias; con sus amigos, los que conforman el grupo más íntimo, pero también con jóvenes y adolescentes con los que comparten generación, la de red de relaciones más amplias y difusas pero necesarias para situar sus coordenadas sociales. Así, hoy en día, más que en ninguna otra etapa anterior, los jóvenes pueden ser muy distintos, pero, a su vez, comparten espacios comunes y redes de relaciones, a pesar de que a edades más avanzadas buscan espacios diferenciados.

El botellón, por ejemplo, lo realizan con este grupo de amigos porque es el momento de la intimidad grupal, en el que se comparte la bebida, pero también el secreto y la confidencia. Es el grupo que muestra su solidaridad si alguno o alguna se sitúa más allá

de los límites no escritos pero aceptados por todos. Pero el miedo de los adolescentes es "quedarse sin amigos". Por esta razón estos grupos son permeables a la entrada y salida de otros miembros que pueden sostener las relaciones y permitir que los adolescentes continúen saliendo por las zonas de marcha y no quedarse solos. Los límites del grupo de amigos son claros pero la permeabilidad a la entrada y salida de nuevos miembros hace que la intimidad y confianza pueda estar sostenida por hilos muy finos, son amistades intensas pero pueden ser de corta duración, no obstante, les permite tener siempre asegurada la salida de fin de semana.

Y, ¿EL ALCOHOL?

No nos engañemos. El alcohol ha sido acompañante de nuestras fiestas y celebraciones desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, su papel ha sido reforzado en los últimos años, especialmente desde que el alcohol se desligó de su uso gastronómico (patrón masculino y acompañando a las comidas) y se fue uniendo al carácter festivo de todo tipo de acontecimientos (bodas, bautizos, comuniones, fiestas navideñas), al que las mujeres se incorporaron con fuerza. Los padres de los actuales jóvenes ya fueron socializados en esa realidad y las expresiones de alegría grupal se celebran tomando una copa en grupo, acudiendo a un bar, invitando a alguna bebida alcohólica lo que son expresiones de sociabilidad.

Luego la utilización del alcohol como argumento y motivo de contacto social en fiestas y celebraciones se ha ido convirtiendo en una excusa para una realidad más potente, el uso del alcohol para aprender a manejar su auto-



Foto: X. Durán

... Esto ha supuesto que la cantidad de alcohol ingerida haya aumentado sustancialmente en los últimos años. Por esta razón, los adolescentes y jóvenes actuales beben más cantidad de alcohol que hace unos años.

nomía y su gestión de riesgos y lo hacen con una sustancia conocida y bien identificada desde su más tierna infancia: el alcohol. Hace no muchos años, la sustancia utilizada para demostrar ante el mundo adulto la adquisición de la condición de tal, era el tabaco. Fumar el primer cigarrillo para un niño (especialmente en masculino) recién abandonada la infancia era la mejor expresión de mostrarse adulto ante su círculo social. No creo que estemos lejos de ver que este rito iniciático vaya a complementarse con el uso del cannabis, pero esto sería cuestión de otro artículo y otro discurso a desarrollar.

Relata Domingo Comas que la relación de la mayor parte de los jóvenes españoles con los comportamientos de riesgo se parece a una de esas vulgares películas estadounidenses en la que aparecen quinceañeros obsesionados con perder la virginidad, la motivación no es otra que los demás dejen considerarte raro y se transgrede lo que sea para conseguirlo, después, como describe gráficamente Comas,nada, ni tan siquiera un emparejamiento, porque

lo único que importaba era poder realizar ese "rito de paso" semipúblico para poder ser aceptado.

Tal es así, que el alcohol no gusta inicialmente. Las mezclas y brebajes que organizan para poder ingerir un sabor que no les agrada demuestran que necesitan suavizar la fuerza del alcohol con bebidas dulces. Justamente esta tendencia a la mezcla ha cambiando sustancialmente el tipo de bebidas alcohólicas ingeridas en los últimos años. Así, en pocos años el vino y la cerveza han ido dejando paso a bebidas de alta graduación que son mezcladas con zumos y refrescos. Esto ha supuesto que la cantidad de alcohol ingerida haya aumentado sustancialmente en los últimos años. Por esta razón, los adolescentes y jóvenes actuales beben más cantidad de alcohol que hace unos años.

Debe decirse que el objetivo no es emborracharse todos los fines de semana para la mayoría de los jóvenes, pero sí existe la necesidad de pasar por la experiencia de la borrachera como algo que debe realizarse para sentirse integrado. Muchas de las conversaciones que

discurren los lunes en los centros escolares entre los adolescentes es contar la aventura vivida durante el fin de semana y la asociación de alcohol, diversión y borrachera suele ser una constante.

Sin embargo, en esto como en todo, existen matizaciones. No todos los jóvenes que consumen alcohol los fines de semana mantienen idénticas pautas de consumo. Para algunos, normalmente los más jóvenes que acaban de iniciarse en el consumo, esta dosis supone lo que llaman el "desfase" o "coloque", es decir, aquella en la que adquieren una borrachera. Para otros se trata de adquirir el "puntillo", esto es, un grado de consumo que les permite dominar sus coordenadas pero adquieren ese grado de embriaguez que les sirve para pasárselo bien. Por último, algunos otros prefieren beber y disfrutar del momento pero no buscan en el alcohol ningún efecto psicoactivo, sino la apertura a relaciones sociales que posibilita el contacto de todos haciendo lo mismo. No es casualidad que los más mayores entre los jóvenes, aquellos que ya van poniendo algún pie en la etapa adulta, desprecien las borracheras por ser reflejo de inmadurez o falta de control.

EDUCACIÓN CÍVICA

Bien, ya hemos desgranado los tres elementos de un triángulo que actualmente ocupa muchas portadas y debates sociales: los jóvenes,

Las chicas se han incorporado al consumo de alcohol siguiendo la línea de equiparación en derechos y deberes de sus congéneres varones.

EFFECTOS DEL IGUALITARISMO... LAS CHICAS

Una de las cuestiones que más me preocupan en este momento es el consumo de alcohol de las chicas. Las chicas se han incorporado al consumo de alcohol siguiendo la línea de equiparación en derechos y deberes de sus congéneres varones. Sin embargo, en esto, como en otros riesgos, las chicas tienen más posibilidades de salir peor paradas. El último estudio de Drogas y Escuela del que disponemos datos en Euskadi mostraban que chicos y chicas bebían en cantidades de alcohol parecidas. Ello en una lectura no discriminante indica que chicas y chicos viven sus tiempos de ocio de forma parecida. Pero cuando la lupa se sitúa sobre los daños que este alcohol produce en la salud, la cuestión adquiere un tinte preocupante. Digámoslo con claridad, el metabolismo femenino no puede asumir la misma cantidad de alcohol que el masculino y a igual cantidad de alcohol en chicos y chicas, éstas tienen mayor daño físico. Es decir, a las chicas hay que decirles que deben beber menos que sus congéneres masculinos, que deben intentar bajarse antes del consumo y quedarse en niveles inferiores de alcohol, mensaje que mucho me temo, no se está transmitiendo.

la noche y el alcohol. ¿Por qué en este momento esta triangulación de elementos se ha convertido en debate social si ya hace años que se practica?, ¿importa en la actualidad más que antes que los jóvenes beban en exceso?, ¿es el mensaje de salud el que está ocasionando la preocupación social?, NO, ni mucho menos, pero a este triángulo le falta un elemento más que es el que ha provocado que las noches de los jóvenes y su excesivo consumo de alcohol se convierta en una preocupación social: la falta de civismo o, dicho de otra forma, la falta de los más elementales principios de convivencia.

Tengo la absoluta seguridad de que si no llega a ser porque las noches de los jóvenes son extremadamente ruidosas, molestas y se ha producido un aumento notable de la suciedad y basura desperdigada por las calles y plazas, la preocupación por el consumo y el modo en que los jóvenes pasan sus horas de ocio, no habría preocupado más que a los profesionales que trabajamos en ello, a algunos educadores y a unos cuantos padres y madres.

Y en este aspecto, como en anteriores, volvemos a un problema educativo y social de nuevo. Los jóvenes y adolescentes en esto también practican lo que ven, si acaso con mayor intensidad y descaro, pero desde luego lo que ven. Los españoles no destacamos por ser una ciudadanía respetuosa y tendente a fomentar la pacífica convivencia entre nosotros.

Por ello, creo necesario que comencemos a explicar a nuestros jóvenes y no tan jóvenes que la convivencia diaria obliga necesariamente a respetar a los demás, que la suma de fuerzas da unos resultados espectaculares y que el cumplimiento de nuestros caprichos tiene gratificaciones inmediatas pero a largo plazo son devastadoras. Creo firmemente en la necesidad de elaborar estrategias encaminadas a restablecer algunos de estos principios y olvidémonos de las grandes campañas preventivas y prohibicionistas de dudoso efecto. Estoy segura que con pequeños grandes pasos conseguiremos mucho más que con sonadas intervenciones.■